

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." —E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. —José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", —repitió Sarmiento.

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. —Bolívar.

Teléfono 3754

Correos: Letra X

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡18 00

Exterior:

Suscripción anual:

\$ 5 dólares

Giro bancario  
cobrable en los  
EE. UU.

## LA EPIDEMIA DEL ODI

Por Fernando VALERA

(En *El Tiempo*, de Bogotá, 28 Enero 1955)

Recientemente, en Panamá, un presidente asesinado; en Costa Rica, un pueblo agredido. Raro es el día que la prensa no trae la noticia de algún crimen político, ora individual, ora colectivo. Cada vez que la barbarie perpetra uno de esos crueles atentados contra hombres o contra pueblos, que deshonoran a nuestra civilización, surge en la conciencia de las personas decentes una oleada de indignación y de protesta. Qué tremenda subversión de la conciencia moral debe padecer el mundo, cuando la vida del hombre y la libertad de los pueblos ha dejado de ser el sagrado recinto que era, ante el cual se detenían las diferencias de criterio y las contiendas de partido!

Porque no se trata sólo de la acción violenta con los desalmados, inmoladores de víctimas propiciatorias ante las aras de la diosa Bestialidad, a la que tantos rinden culto en nuestros días, desde que el fanatismo totalitario la elevó a los altares. No; peor aún que eso, por más cobarde y más vil es el ambiente social e internacional que tolera y ampara el crimen, lo aplaude cuando se ensaña en el adversario, y aún en la clandestinidad lo soborna y lo fomenta.

La civilización occidental había logrado implantar como definitivas dos conquistas esenciales, una de carácter moral, la seguridad y amparo de la vida humana, que permitía al ciudadano inermemente recorrer el mundo sin preocuparse de su propia defensa; la otra, de carácter material, la fluidez del medio económico merced a la cual al lado de cada necesidad se encontraba siempre la mercancía capaz de satisfacerla. Mas ya la vida no se siente amparada por la sociedad, y las necesidades no hallan satisfacción, ni las mercancías logran acudir, aun habiendo abundancia de ellas, al lugar donde la necesidad las reclama. Ambos hechos son consecuencia de una misma causa, la muerte, o al menos la enfermedad, del espíritu liberal. O si se quiere del espíritu cristiano.

Más bien que una doctrina o un sistema, el liberalismo era cierta generosa predisposición del espíritu hacia

el culto de los ideales de iraternidad y justicia. Sentir por encima del propio interés un ansia ineludible de que lo justo imperase para rendir así mayor beneficio a la colectividad humana: eso era la emoción liberal, que propugnaba un mercado libre, sin protecciones, aranceles, fronteras ni corporaciones o sindicatos que sacrificaran ante el egoísmo privado el bien público y el interés general humano.

Se amortajó la emoción liberal; triunfó la tacañería ambiciosa y estrecha, disfrazada de nacionalismo, y se levantaron fronteras económicas, y se vieron protegidos con primas, tasas y prohibiciones los negocios privados, y se encareció la vida, y se cerraron los mercados, y aumentó el paro obrero, y las necesidades quedaron insatisfechas, las naciones arruinadas, los pueblos hambrientos, las almas entristecidas, los fundamentos de la civilización pulverizados.

Emoción liberal inspiraba también el culto de lo humano. La vida del hombre era sagrada en la sociedad civil; la solidaridad, un deber y un sentimiento; un ideal el altruismo; la convivencia, una costumbre apacible y gustosa; una virtud, la misericordia, y fundamento la piedad de la vida humana. Pero vinieron las luchas sociales de nuestro tiempo; el egoísmo del rico soliviantó la cólera del pobre, alentó su rebeldía, fomentóse la discordia civil y se propagó la epidemia del odio.

Entre los episodios de la lucha se han perdido nobles sentimientos del alma humana creados a través de siglos de cultivarla con religiones y filosofías. A tal punto hemos llegado, que asesinar a un semejante es reputado por virtud, cuando la víctima pertenece a la secta contraria o al bando enemigo. Gentes hay que teniéndose por muy cristianas, meticulosas en punto a cumplir ritos y devociones, no pueden reprimir su simpatía hacia las falanges de asesinos. No falta tampoco quien, creyéndose muy moderno y avanzado en doctrinarismos sociales, rinde culto sistemático a la violencia y predica la discordia social en

que se ahoga la civilización contemporánea.

El mundo clásico se hundió ante la avalancha de los bárbaros que derrumbaron con torrentes de vitalidad las fronteras de un Imperio enfermo de tedio, de libertinaje o de ascetismo, según los casos. Nuestra civilización lleva los bárbaros dentro de sí misma, y amenaza morirse de odio. La invasión no viene ahora del espacio exterior; nace de nuestra propia conciencia. Es allí en el alma del ciudadano, donde se está derrumbando la frontera moral del humanismo en que nuestra civilización tenía cimiento, honor y estímulo.

Y el remedio no puede tampoco venir del exterior, del poder público, siquiera la acción del Estado sea uno de los elementos necesarios para restablecer la salud de los pueblos. El remedio ha de surgir más bien de la conciencia moral, cuyo envenenamiento requiere ser tratado a fuerza de compasión, de humanismo, de caridad cristiana.

Es imprescindible que en las almas intoxicadas de rencor amanezca como un alba nueva la luz de la piedad que comparte los males ajenos, sobrelleva pacientemente los propios, y ama siempre, por encima del dolor, de la miseria y de la muerte.

Es también necesario que en los entendimientos enturbiados de doctrinarismos, ensombrecidos de tópicos, alumbré la idea clara y sencilla de la fraternidad humana. Que en el espíritu del cristiano apegado a la tradición, una voz interna, una voz del silencio, le revele de nuevo la antigua y sencilla verdad evangélica de que sin el amor que comprende y perdona toda devoción es hipocresía. Que en el alma de los que sueñan crear un mundo nuevo, amanezca la estrella del bien, alumbrando por encima de los doctrinarismos, y les guíe por la ruta de la fraternidad hacia el santuario de esa nueva patria lejana en la que cada hombre superará el dolor y la miseria propios, sólo a fuerza de compartir los dolores y miserias de todos sus semejantes.

Porque, cuando el doctrinarismo ciega en las almas el resplandor del bien, hasta las más puras enseñanzas religiosas y las más nobles rebeldías sociales

(Continúa en la pág. 108)